

ñolienta, pudiéndose decir de los que así predicán del amor de Cristo, ó de las verdades eternas, lo que Cicerón dijo á Calidio, que, acusando á Gallo, contaba con gran frescura un envenenamiento: *Por ventura, si estas cosas fuesen verdaderas, ¿las dirías tú de esta manera? An ista, si vera essent, sic a te dicerentur?*¹.

¿A qué vienen dos peroraciones en un mismo discurso, pudiendo concentrar todo el calor y vehemencia para una sola, y con más éxito?—Respondo que las dos peroraciones tienen fin distinto, y se valen de artificio diferente. La primera y principal, con que cierra la primera parte, se dirige á mover el afecto de *comiseración* de la propia alma y á persuadir *en general* el cuidado de la salvación. La segunda, que remata el discurso, mira á la *práctica* y propone y persuade los medios *particulares* para ello, como son huir del mundo, etc. A fin de preparar este efecto, trae la narración pavorosa de San Juan Climaco; y, á propósito de ella, rogamos al candidato de la elocuencia cristiana que lea el original del Santo en el cap. v de la *Escala espiritual*, traducida por el venerable Fray Luis de Granada, y, cotejándola con la de SENECA, estudie las diferencias que distinguen la narración histórica de la oratoria. Por esta comparación echará de ver la destreza con que escoge el orador las circunstancias que le convienen y omite las que podrían perjudicarle, cómo deja las transiciones, acorta las repeticiones, compendia los monólogos, y pasa por alto que allí se trata de grandes pecadores. No obstante el cuidado del orador en conservar el acento lúgubre y el colorido horroroso del original, hay que confesar que éste produce una impresión más honda y duradera, ya por ser más circunstanciada, ya, sobre todo, porque desde luego aparece más creíble, oída de los labios mismos del sapientísimo San Juan.

¹ Cic. in fragm. Orat. pro Q. Gal.



DISCURSO OCTAVO

RESPETOS HUMANOS

Et ecce mulier Chananea a finibus illis egressa, clamavit, dicens ei: Misereere mei, Domine, Fili David.

Quando he aquí que una mujer cananea salió diciendo á veces: Señor hijo de David, ten misericordia de mí.

(MATT. XV, 22.)

EXORDIO

I

Legítimo y abstracción.

CUENTAN las historias profanas, y permitidme este recuerdo tal vez ajeno de la cátedra del Espíritu Santo, en gracia de su oportunidad, que Milón de Crotona, hombre fornido y de los más celebrados por la robustez hercúlea de su cuerpo, usaba, para ostentación de su fuerza extraordinaria, de muchas y maravillosas pruebas. Entre otras, tomaba en el puño una manzana y apostaba con todo el mundo á que se la arrancasen de la mano. Mas ¿quién había de atreverse con aquel gigante? Y ¿quién se puso á ello y salió vencedor de la porfía? Nadie, sino una flaca mujer á quien amaba. Porque, como resistiese bravamente á los demás, á solo ella, no sé cómo, se rendía.

Parte prim. ra. ó ilustración remota, con que

excita la atención de los oyentes.

Mayor y más alta victoria nos ofrece hoy el sagrado Evangelio. Una mujer venciendo y acabando con Jesucristo lo que no pudieron acabar los mismos Apóstoles. Porfiaban éstos y decían al Salvador: Despáchala, que nos fastidia con sus gritos: *Dimitte illam, quia clamat post nos*. Porfiaba

Parte segunda ó ilustración próxima, para captarse la docilidad.

L. Cananea de-

chado de fortaleza varonil:

la Cananea por su parte, y recabó al fin lo que pedía, y lo recabó con tanta fuerza, que dijo maravillado el Salvador: ¡Oh mujer!, grande es tu fe, hágase lo que quieres: *O mulier, magna est fides tua, fiat tibi sicut vis*¹. Pues ¿qué merecimientos de esta bienaventurada Cananea forzaron á Cristo á que la otorgara su petición? ¿Los de su fe? Cierta fueron grandes, pero mayores fueron por ventura los de los sagrados Apóstoles. Figúrase me, si no me equivoco, que lo que más robó el Corazón de Jesucristo fué la noble intrepidez y santa desvergüenza que le nació de su espíritu de fe.

por sustentación,

Todos sabéis la historia. Hija de gentiles, criada entre gentiles, ¡qué fortaleza no hubo menester para abrirse camino hasta el Salvador y sobrepujar los respetos humanos! Que no va á buscarle en su casa, ó en el apartamiento de la soledad, sino afuera, en lugar público, en camino frecuentado; y con ser mujer noble y principal, no se desdena de entrar-se con pecho osado y postrarse á los pies de Cristo, y adorarle profundamente, y esto á la luz del sol, á los ojos de la apiñada muchedumbre, en medio del camino público, sin tener miramiento al qué dirán. Desprécianla y persevera; deséchanla é insiste con mayor porfía; ni siquiera bastaron á descorazonarla las desabridas respuestas con que quiso mortificarla el Salvador y probar su magnanimidad hasta tratarla de perra: *Non est bonum sumere panem filiorum et dare canibus*². No está bien tomar el pan de los hijos y darlo á los perros. ¿No os parece tal virtud mercedora de cualquiera merced?

por congeries de adjuntos,

por antítesis é incremento.

Parte tercera, con que se gana la benevolencia.
Proposición:

semillas de los argumentos y de los afectos.

Yo desearía, pues, hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, que este ejemplo de varonil fortaleza os animase á vencer el vano temor del mundo que arredra á muchos del servicio de Dios y del cumplimiento de su santa ley. ¿A qué preocuparse tanto con los dichos de los hombres? ¿A qué turbarse y desfallecer á una risa liviana, á una burla necia, á una palabrilla que se lleva el viento? Digan nora buena lo que quieran, no hemos de desistir por ello de nuestros loables ejercicios. Dichoso yo, y más dichosos vosotros, si lograre, con el favor divino, grabar en vuestros co-

¹ Matth., xv, 28. — ² Ib., 26.

razones tan provechosa enseñanza; porque, si así fuere, cierto estoy que los pecadores y malos os haríais justos y buenos, y los buenos y justos os haríais santos y perfectos. Mas empecemos ya, con los auxilios de la divina gracia.

PRIMERA PARTE

II

Pero, ante todo, no penséis que soy tan inhumano que no sienta entrañablemente con vosotros el vivo dolor que os causan esas hablillas y pesadas burlas. Enciende la sangre y subleva el corazón del cristiano ver que no bien determina aquella señora ó el otro caballero vestir con más llaneza, conversar con mayor recato, vivir con más recogimiento, agúzarse al instante cien malas lenguas para motejarlo.

Pero semejante mal, siento decíroslo, hermanos míos, es irremediable mientras haya mundo. Registrad, si no, los Padres, leed en los maestros de espíritu y no hallaréis uno que no sienta por principio que es imposible aborrecer el vicio y no ser aborrecido de los viciosos y perversos. Sobrado manifiesta es la sentencia de Salomón: Abominan los impíos á los que andan por el camino recto: *Abominantur impii eos, qui in recta sunt via*¹. Ello es cierto y no puede menos de ser así. Y Salviano se adelanta y da la razón; porque es imposible que no haya gran contrariedad de afectos donde reina tanta desemejanza de voluntades. ¿Cómo queréis que no os tengan los malos ojeriza, si todas vuestras acciones son una reprensión continua de su mal vivir? Con vuestra piedad confundís su irreverencia, con vuestra caridad y desprendimiento su tacañería, con vuestro recato su disolución, con vuestra templanza su glotonería; así que por fuerza os han de aborrecer si se aman á sí mismos. Oíd sus palabras: Poderosa causa de discordia es la diversidad de voluntades; porque es muy difícil, por no decir imposible, que

CONFIRMACIÓN.

Arg. 1.º A necesario. No está en vuestra mano evitar esas burlas. Luego debéis vencer los respetos humanos con santa desvergüenza.

(Transición de benevolencia.)

Próbese por tres tanto lo divino.

por una razón de Salviano.

¹ Prov., xxix, 27.

alabe uno en su hermano aquello mismo que le da en rostro; por donde no sin causa os aborrecen los malos, ya que miran en vosotros lo que más detestan y persiguen en su corazón ¹. Miranse en vosotros como en espejos, y ven los infelices todas sus fealdades. ¿Qué extraño, pues, que os desprecien, que os escarnezcan, que os maltraten, semejan-tes á los camellos, que, en viendo agua clara y en ella su enorme fealdad, revuélvenla con los pies hasta enturbiarla del todo? Pero, aunque esto sea así, no hay que desmayar, católicos, porque, el mismo saber que vuestro mal es sin remedio, es grandísimo remedio para vuestro mal.

III

Si todo buen cristiano y fervoroso discípulo de Cristo es imposible que agrade á los perversos, ya echaréis de ver que ni fuisteis los primeros en padecer por tan justa demanda, ni seréis tampoco los postreros. ¿Qué aliento, pues, no debe daros el contemplar ese escuadrón fortísimo de compañeros, que os animan al vencimiento del mundo? Poned los ojos en Egipto, y veréis á José aberrojado por la envidia y la calumnia; volvedlos á Jerusalén, y veréis á Jeremías sepultado en una cisterna; fijadlos en la ciudad de Susa, y veréis á Mardoqueo casi, casi en el cadalso; tornadlos á Babilonia, y veréis á Daniel en el lago de los leones; mirad las cercanías de Betulia, y veréis al buen Aquior atado á un árbol; tendad la vista á la gran Babilonia, y os encontraréis con la casta Susana á punto de ser apedreada. ¿Y de dónde nace que contra vosotros puedan tanto las lenguas maldicientes? Porque si nos ceñimos á esas habillitas que tanto os hieren, aunque sin derramamiento de sangre, *citra cruorem*, ¿no basta el ejemplo de la noble Magdalena á confortar el corazón más apocado? La historia es muy sabida; pero acaso nunca hicisteis una observación.

¹ Maxima enim causa est discordiarum, diversitas voluntatum; quia fieri omnino non potest, ut eam rem in alio quisquam diligat, a qua ipse dissentit; itaque, non sine causa vos oderunt, in quibus omnia sibi semula et inimica conspiciunt. (De Prov., II, 8.)

Como entendiase la enamorada Magdalena, herida del Espíritu Santo, que se hospedaba Jesucristo en casa de Simón, vase apresuradamente con una poma de oloroso unguento, entra á tiempo que estaban á la mesa y derrama muy devotamente su perfume sobre la cabeza del Salvador. ¡Oh desventurada mujer! Ni, si la hubiese rociado con veneno, fueran mayores el escándalo y turbación de los convidados. Comienzan muchos á murmurar, á indignarse, á rechinar de dientes, diciendo con profunda lástima: ¿A qué ese desperdicio? *Ut quid perditio haec?* ¹ ¡Válgame Dios y qué prodigalidad de unguento! ¡Qué profusión de cosa tan rica! ¡Cuántas familias y pobrecitos, que se mueren de hambre, se mantuvieran con el precio de solo el alabastro, si se vendiera bien!—Y embraveciense contra ella: *Et fremebant in eam* ², y la despedazaran allí mismo de puro coraje. ¡Gran desperdicio! La que había malgastado tanto dinero en olores y pomadas, en aceites y perfumes, ¿qué mucho que gastara ahora trescientos dineros? ¡Qué de esencias y aguas odoríferas no se derramaron en aquella cabellera! Además, ¡cuánto no derrochó en galas y atavíos, en joyas y brillante pedrería! ¿No es cosa averiguada que malbarataba su caudal en trajes pomposos, en superfluos regalos, en banquetes opíparos, en espléndidas danzas y tertulias? ¿Y pensáis que nadie murmuró de ella jamás, llamándola derrochadora cara á cara? Por el contrario, ¡cuántos la adulaban entonces, y la cortejaban y aplaudían sus excesos, y al pasar ella se la inclinaban hasta el suelo! Pero hace de sus profanidades un corto obsequio al Salvador, y al punto desátanse las lenguas en mil denuestos, ultrájanla, y ensañanse contra la pobre mujer, y dan en decir que arruina la casa, que derrama la hacienda, que derrocha sus haberes y que ha menester de tutor que le vaya á la mano en sus demasías.

Ved por aquí, hermanos míos, cuán parecida fué en todo tiempo la condición de cuantos, como vosotros, se resolvieron á dar de coces al mundo y servir descaradamente á Jesucristo. Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, dice el Apóstol, han de padecer persecución: *Om-*

¹ Matth., xxvi, 8. — ² Marc., xiv, 5.

Confírmase por semejanza

y ejemplo.

Conclusión paradójica, y propia del sig.

Arg. 2.^o
A comparatione. Todos los SS. pasaron por aflicción. Luego debéis hallar los respetos del mundo.

Por inducción de las SS. Escrituras y rápida distribución.

José,
Jeremías,
Mardoqueo,

Daniel,

Aquior,
Susana

y Magdalena en casa de Simón leproso.

Narración sencilla

por hermosa prosopopeya.

Reflexión oratoria por aumentación

del lujo de Magdalena

de las lisonjas de los aduladores.

Conclusión.

Confirma

por autoridad del Apóstol

nes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur¹. Y advertid que dice todos, y todos los que quieren vivir cristianamente; porque, aunque no repugna que los buenos y aprovechados gocen de paz y vengan con el discurso del tiempo la malignidad y acallen la maledicencia, en los principios empero, cuando el pecador rompe con el mundo y se abraza con la cruz de Cristo, todos, necesariamente todos, han de padecer contrariedades: *Omnes, qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur*, torno á repetir con el Apóstol. ¿Y á cuántos acaece que han de aguantar estos acometimientos por toda la vida, á imitación de los israelitas, los cuales, no sólo á la salida del largo cautiverio tuvieron que batallar con los egipcios, y después con los amorreos, amalecitas y otras gentes que les salían al camino, mas aun en la misma Jerusalén se vieron forzados á sufrir perpetuamente al Jebuseo, es decir, según la propiedad de aquella lengua, al burlador ó conculcador? ¿Qué espejo más resplandeciente de inocencia que la princesa Matilde? Pues su amor magnánimo al Vicario de Jesucristo y á la Santa Sede fué interpretado soezmente; y por más que ceñía ásperos cilicios y vestía de jerga y vivía como un ángel, todavía los maliciosos pusieron dolo en su pureza. ¡Cuán reciamente fué combatida la virtud de Gregorio VII, celador intrépido de la inmunidad eclesiástica y obrador de maravillas! ¡Cuánto asimismo la entereza de Sergio II, del dulce y amabilísimo Sergio! San Atanasio ¿no fué acusado públicamente de estupro y homicidio? Lo que dije de estos ilustres confesores, pudiera decir de Gregorio Taumaturgo, feamente calumniado de deshonesto; de Paladio, anacoreta, tratado de homicida; del santo obispo Estanislao, tenido por ladrón; y, á este tenor, de otros infinitos, cuya vida fué blanco y terrero eterno de las lenguas maldicientes. Mas déjolo aparte, porque de la manera que es gran desacierto aducir pocas razones en materia muy dudosa, así lo es y mucho mayor, como dice Aristóteles, alegar muchas en cosa de suyo manifiesta.

Pues ¿qué debemos colegir de este discurso? Que es-

reduplicada,

y por notable inducción de la historia eclesiástica,

calumniada Matilde

(antitesia)

Gregorio VII,

Sergio II,

San Atanasio,

titros innumerables,

proposición razonada.

Conclusión energética

¹ 2 Tim., III, 12.

forcéis vuestro espíritu con la consideración de que hacéis causa común con tantos héroes del cristianismo, y que esa ruin persecución de lenguas y descortesos tratamientos que os embarazan en vuestro camino y os traspasan el corazón no os hieren á vosotros por vosotros, sino á vosotros por fervientes católicos, á vosotros por personas de espíritu, á vosotros por cuerdos y prudentes, á vosotros por discípulos y seguidores de Cristo, y que por tanto, más que á vosotros, hieren y abofetean la persona augusta del Hijo de Dios.

IV

Arg. 3.^o

Pero paso adelante, y átrévome á decir que, aunque estuviese en vuestra mano que los hombres por vuestra virtud os estimasen y alabasen, deberiais preferir que os desestimasen y contradijesen. ¿Parécenos extraño lo que digo? Escuchadme con atención, como hasta ahora, que estoy cierto de probároslo palpablemente. Imaginad, pues, que los malos, en lugar de zaheriros y aborreceros, os quieren y loan por extremo; que todo el mundo os aplaude, que todos ensalzan vuestra virtud y cristiandad; en este caso, ¿quién obliga á quién? ¿Vosotros á Dios, ó Dios á vosotros? Ciertamente parece que los obligados seriais vosotros, puesto que granjeáis tanto provecho del servir á su divina Majestad. Si, empero, por su servicio y gloria es menester sufrir maldiciones y descomedimientos, entonces el obligado, por decirlo así, es Dios nuestro Señor. ¿Cómo? ¿Obligado Dios? Sí, hermanos míos, el Criador, obligado á su criatura. No penséis que invento yo este modo de decir; tómolo de San Juan Crisóstomo: Si nos aman y honran porque amamos á Dios, dice este Santo, deudores le somos de la honra que se nos hace; mas, si somos aborrecidos por su causa, su Majestad se hace deudor nuestro: *Si propter Deum diligamur, honoris impensi debitores illi sumus; sin vero ejus causa odio habemur, debitor Ipse fit nobis.* ¿Qué cosa más alta puede codiciar el hombre que tener por deudor al mismo Dios?—Si tanto me prometéis; ¡oh Padre!, dejad, dejad que, así como el esforzado San Ignacio provocaba las

Ab utrius et honoris.

Aunque estuviese en vuestra mano, debiais preferir que os injuriasen los hombres y os desalabasen.

2) Porque así os hacéis acreedores de todo un Dios.

por dilema,

por testimonio humano.

Conclusión patética

y deseos de injurias, por devota exheración,

pediréis con más confianza al que es vuestro deudor.

^{b)} Porque glorificáis sumamente á S. D. M. mostrando que le amáis de veras

por autoridad de San Cipriano.

por el merecimiento de Abraham;

gallarda sustentación.

bestias fieras y embravecíalas contra sí, desafío yo las lenguas más procaeces y las aguce contra mi persona y buena fama. Que ladren enhorabuena, que desuelen y despedacen sin misericordia, ¿lograrán otra cosa que hacerme acreedor de todo un Dios? Harán que pueda invocarle más confiadamente; harán que lo incline con más facilidad á mis deseos; harán que ya no tema en adelante sus desvíos, porque es mi deudor. El que fuere baldonado de sus amigos como yo, dice Job en confirmación de esta verdad, invocará al Señor, y el Señor le cumplirá su petición: *Qui deridetur ab amico suo, sicut ego, invocabit Deum, et exaudiet eum* ¹. ¿Y no es de estimar dádiva tan rica, dignación tan soberana?

Eslo tanto, que no digo por esta aura pasajera y mentirosa; mas á costa del mundo entero fuera bien granjeada, y aun se nos daría de balde. Ni es de maravillar que así se obligue Dios á quien padece por su gloria, porque en este sufrimiento ve una prenda y testimonio claro de que no le servimos por intereses de la tierra, sino por amor. Este es el contraste y piedra de toque de la virtud sólida y maciza; esto declara la pureza de intención; esto la sinceridad de nuestra fe, que, por lo mismo que merecíamos alabanza, seamos vituperados y escarnecidos. Altísima verdad, por cierto, y como tal la inculcaba á menudo á sus perseguidas ovejas el glorioso Cipriano por estas palabras: Entonces campea todo el vigor de vuestra fe, cuando andáis en boca del malicioso vulgo hechos el oprobio de la gente; cuando os armáis y fortalecéis con pecho cristiano para hacer rostro á las habilllas y desatinos del populacho vil, contradiciendo con la santa vida cuanto echaren sobre vuestra persona los mundanos en desacato de Jesucristo ².

¿Sabéis el principal merecimiento del patriarca Abraham en su celebrado sacrificio? Dicen unos que fué la obediencia heroica con que se rindió sin contradicción al áspero mandamiento; otros, la prontitud con que ejecutó sin tar-

¹ Job, XII, 4.

² Tunc omne fidei robar expenditur, cum in sermones vulgi atque in opprobrium veneris; cumque te contra illius populares insanias religiosa mente firmaberis, convincens scilicet et repugnans quidquid super personam tuam in injuriam Christi profanus sermo jactaverit. (De laud. mart.)

danza el sangriento ministerio; otros, su admirable fe, con que abrazó, sin titubear, promesas, al parecer, encontradas y repugnantes. Todos dicen verdad; pero si preguntáis á San Zenón os responderá: ¿Sabéis qué? Una cosa, por cierto inesperada. Que el principal mérito del santo Patriarca consistió en hollar el qué dirán, en despreciar con pecho magnánimo las habilllas á que su obediencia le exponía. Y es así, que si llevaba á cumplimiento acción tan gloriosa, en vez de renombre de justo hubiera alcanzado fama de bárbaro y cruel. A la nueva de suceso tan inhumano, ¿cómo se hubieran desatado las malas lenguas y ensangrentado en su honor! Llamáranle tigre, no hombre; verdugo, no padre de sus hijos; y aquella constancia inexpugnable de su alma, merecedora de gloria inmortal, le hubiera acarreado atrocísimos insultos.—Bárbaro, dirían, ¡y con qué firmeza empuñó la cuchilla! ¿Visteis acaso derramar una lágrima, lanzar un ay de compasión, desviar el rostro al descargar el golpe? Antes él mismo, con sus propias manos, le ató al ara funesta; él mismo le vendó los ojos; él mismo le desnudó la garganta, y, alzando el brazo, él mismo, desapiedadamente, se la cortó; y un solo padre cumplió los oficios de muchos cruelísimos sayones.—Y advertid que no bastara á justificarse con decir que era mandato de Dios. No, hermanos míos; porque ¿cómo diera á entender á aquellas gentes, infieles la mayor parte, que su resolución era ordenamiento del cielo y no delirio de su crueldad? Opusíeranle, por el contrario, que no se contenta Dios con sacrificios de víctimas humanas, y que sin duda serían voces infernales lo que se le antojó voz y mandamiento divino. Pues veis aquí el incomparable mérito del prudentísimo Patriarca, que, sin embargo de ver contra sí la universal desaprobación, cerró los oídos á los torcidos pareceres de los hombres. No temió, dice San Zenón, que le tuviesen por cruel y parricida; antes, para mostrar su rendimiento, alegrábase que Dios nuestro Señor le hubiese mandado sacrificio tan costoso: *Non timuit ne ei parricidium imputaretur, sed magis, ut devotioni pareret, laetabatur hoc Deum jussisse* ¹, y

¹ Serm. I de Abraham.

pasaba gustoso por la nota de parricida y sanguinario, por no perder el mérito de la obediencia.

Conclusión y aplicación fervorosa

por enumeración y subjección,

apoyada en testimonio bíblico.

CONFIRMASE con los ejemplos de Job

(prosopopeya y sarcasmo)

Éste es, hermanos míos, el mérito grande que os propongo: que sufráis magnánimos que os censuren agríamente lo más digno de alabanza. ¿Frecuentáis los santos Sacramentos por devoción? Pues sufrid que se diga lo hacéis por hipocresía. ¿Os estáis en vuestras casas por espíritu de recogimiento? Pues tomad en paciencia que se atribuya á mal humor. ¿Os abstenéis de comilonas y banquetes por templanza? Pues aguantad que os tengan por tacaños y miserables. ¿Dais paz al enemigo por conciencia? Estad apercebidos, porque lo achacarán á cobardía. ¿Huís de las honras y dignidades por humildad? Pues resignaos á pasar por ruines y de apocados pensamientos. Harto veo que os pido mucho. Pero ¿qué queréis, si plugo á Dios que éste fuese el crisol de la virtud? En el fuego se acendra el oro y la plata, dice el Eclesiástico; mas los hombres de buen temple, en el crisol de la humillación: *In igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humiliationis* ¹.

¡Desventurado Job! ¿Cuál pensáis que fué el sentimiento más vivo, más acerbo, más cruel, que traspasó su alma en tanta tempestad de tribulaciones? Por ventura nunca disteis en ello. Fué, pues, imaginar que los que le mirasen cubierto de sucia y vergonzosa lepra, pensarían que era efecto de juveniles desórdenes, sin embargo de haberse conservado siempre con gran limpieza. Tal era la rabiosa sed de Satanás, según comentan muchos Doctores alegados por el sapientísimo Pineda, enfuncionar el cuerpo de Job y herirlo feamente con una especie de enfermedad que suele estragar á los sensuales, *ulcere pessimo*. Por donde forzosamente oiría muchas veces llamarse lascivo, disoluto, deshonesto.—Miradle, dirían: sus huesos están henchidos de los vicios de su mocedad: *Ossa ejus implebuntur vitiiis adolescentiæ ejus* ². Su merecido se tiene.—Mas el pacientísimo varón, sin darles ningún crédito, bendecía al Señor con aquellos labios, que Satanás le dejara intactos con el propósito infernal de que rompiera en alguna blasfemia ó desatino: *Derelecta sunt*

¹ Eclii., II, 5.—² Job, XX, 11.

tantummodo labia circa dentes meos ¹. ¡Cómo desgarrarían su corazón cargos tan feos como injustos! A bien que no fué el primero ni el postrero en padecerlos.

El gran libertador Moisés sobrellevó fatigas indecibles ^{de Moisés} en el gobierno de seiscientos mil hombres, en oír sus querellas, apaciguar sus discordias, componer sus pleitos im-^{antitesis}portunos; y, cuando esperaba de su pueblo loores y haciimiento de gracias, óyese de boca de un pastor, recién llegado de la majada, que era un necio y mentecato en tomar sobre sí tantos negocios: *Stulto labore consumeris* ². ¿Qué diré de Ana, la célebre esposa de Elcana, la cual, en lugar ^{de Ana,} de ser admirada por el fervor perseverante con que velaba continuamente y oraba en los umbrales del templo, fué solemnemente escarnecida como beoda y mujer sin seso? ³ ¿Qué de Vasti, la del rey Asuero, la cual, debiendo ser alabada de compuesta y recogida, porqué rehusó hacer alarde de su hermosura ante la muchedumbre de convidados, la tuvieron de común consentimiento por cabezuda y porfiada? ⁴ Y el santo viejo Tobías ¿no tuvo que oír de boca ^{de Tobías.} de sus amigos y allegados que él se tenía la culpa de la ceguera que le aquejaba, que por qué se andaba de noche recogiendo cadáveres y dándoles sepultura?

Veis aquí, hermanos míos, la gloria á que debéis aspirar, en la medida de vuestras fuerzas y según la divina ordenación. ¡Oh qué dicha padecer injurias y baldones por la cosa más loable del mundo, que es la virtud y santidad! ¿Ignoráis, por ventura, que, si sois afrontados por el nombre de Cristo, seréis bienaventurados? *Si exprobramini in nomine Christi, beati eritis* ⁵. Ésta es la felicidad, ésta la bienaventuranza del cristiano, si no nos engañó la Sabiduría encarnada cuando dijo: Bienaventurados sois cuando os maldijeren los hombres: *Beati estis cum maledixerint vobis* ⁶; y por San Lucas: Dichosos de vosotros si los hombres os aborrecen: *Beati eritis cum vos oderint homines* ⁷. Así que, si no es cierta y verdadera esta bienaventuranza, ningún artículo de

¹) Porque sois bienaventurados si os aborrecen los hombres;

par congresos de testimonios divinos.

¹ Job, XIX, 20.—² Ex., XVIII, 18.

³ I Reg., I, 13.—⁴ Esth., I, 11 seq.—⁵ I Pet., IV, 14.

⁶ Math., V, 11.—⁷ Luc., VI, 22.

nuestra fe será verdadero, comoquiera que el autor de todos ellos es la misma verdad y persona de nuestro Señor Jesucristo.

V

Arg. 4.^o

*De los consiguien-
tes y con vapores.
Frente los bur-
ladores se troca-
rán en burlados,
y viceversa. Luego
hollad ahora
los vanos respec-
tos del mundo.*

por autoridad hu-
mana.

por testimonio di-
vino.

por grandiosa se-
mejanza de Noé.
Narración des-
truida.

Parte 1.^a
Noé burlado

en su santidad he-
roica.

Mas decidme, por vida vuestra, católicos, ¿cuánto en fin, durarán tales denuestos y trabajosos vivir? ¿Olvidasteis que se trocarán un día en admiradores de vuestra constancia los que ahora se burlan de vuestra simplicidad? Vendrá día, vendrá sin duda, exclamaré con San Jerónimo, en que este cuerpo mortal y corruptible se vestirá de incorruptión é inmortalidad gloriosa: *Veniet, veniet illa dies, qua corruptivum hoc et mortale, incorruptionem induat et immortalitatem* ¹. Y en este día grande y el postrero de los días, ¡qué regocijo el vuestro cuando, en el acatamiento del cielo y de la tierra, estaréis á rostro firme y con maravillosa constancia acusando á los que os atribularon y oprimieron! *Stabunt justi in magna constantia adversus eos, qui se angustiaverunt* ², y os burlaréis de vuestros burladores y os reiréis de los que de vosotros se rieron.

¿Sabéis qué se me viene al pensamiento cuando trato de representarme esa alegría? Figúrome ver á Noé cerrado en el Arca misteriosa. No creo que pueda describirse con mayor viveza. Jamás hombre en el mundo fué tan insultado por su bondad como el mansísimo Noé. Viviendo, como vivía, en medio de un pueblo desenfrenado, sin Dios, sin mandamientos, sin vergüenza, y brillando él como antorcha resplandeciente en todo linaje de virtudes, no es creíble, dice el Crisóstomo, la ojeriza que tendrían y las blasfemias que vomitarían contra el Santo ³. Mas creció esta mala voluntad cuando, hastiado el Señor del género humano, determinó en su ira destruirlo, y al efecto mandó á Noé que fabricase un Arca ó casa flotante, donde se guardase

¹ Epist. 1 ad Heliod.—² Sap., v, 1.

³ Venisimile est, cum praeter morem, omnem virtutem coleret, cum subsannatum fuisse et irrisum ab omnibus. (Hom. 23 in Gen.)

del naufragio universal. ¡Oh, qué ocasión ésta para cambiarse con el siervo de Dios sus necios burladores! Pudiera ser que infundiese temor en el ánimo de muchos la primera vez que les intimó la terrible sentencia del Eterno y el próximo exterminio; mas, cuando vieron que se pasaba un año y otro año, y aun no asomaba por ningún lado la amenazada catástrofe, y al bueno de Noé que se fatigaba más que nunca en su tarea, ¡oh, entonces cómo correrían alrededor del Arca, y harían burla del santo viejo, llamándole á boca llena desatentado, ridículo y profeta mentiroso! Y al reparar después que, muy aprisa y despejado el cielo, se metía en aquella concavidad tras un ejército numeroso de animales y bestias fieras, que iban entrando de dos en dos, como en vistosa carrera, ¡cómo subirían de punto las risas y carcajadas, los apodos y denuestos!—Mirad, mirad al trastornado viejo, dirían aun los menos desalmados. ¡Que pudiendo gozar del aire libre y de la hermosura del cielo limpio y sereno, se condene á cárcel tenebrosa y noche perpetua! Antojos de viejo fastidiado de vivir, pues sin aguardar la muerte, él mismo se labró la sepultura, y se entierra en vida el mentecato. ¡Lindas pláticas podrá trabar con los osos y jabalíes! ¿Qué hierros serán bastantes á frenar á tanta fiera que no le hagan pedazos? Y á fe que es torpeza. Teme que las aguas no le ahoguen, y no teme que le destrocen los tigres y despedacen los leopardos.—En estos ó semejantes términos motejarían á Noé mientras se entraba en el Arca. ¡Tan ciegos estaban, y tan tiesos é hinchados sus corazones!

Mas cuando de ahí á siete días vieron que, abriéndose poco á poco las cataratas del cielo, comenzó á llover con tanta furia, á engrosarse los arroyos, á bramar los torrentes, á embrivecerse los ríos y á desbordarse el mar; y cómo, anegada por tantas partes la campiña y sumidos los valles, hasta los montes se maravillaban de ver las aguas salobres correr por los picos más elevados, ¡oh, qué sentimientos tan contrarios!, ¡qué escena tan diferente de la primera! Bizarra y majestuosa meciase en el nuevo océano el Arca del varón justo, no ya cárcel de ignominia, sino carro de victoria; y entre el fragor de las tempestuosas nubes que

ca sus predicciones y fabrica del Arca,

en su entrada en ella,

por prosopopeya

á amarguismos deaures,

conclusión por epifonema.

Parte 2.^a
Noé triunfante,

exposición por hipotiposis del diluvio.

semejaban el estruendo de cien batallas; entre el silbido de los vientos, que, crujiendo tristemente, parecían lamentar la agonía del mundo; entre la grito de los que huían, y los clamores de los que se ahogaban, y los ayes de los que por doquiera se morían, sólo ella iba intrépida entre tantos sobresaltos, y segura en medio del asolamiento universal. Persuádome que el benignísimo Noé, al ver la ruina y pérdida de los impíos, sintió entrañable compasión, más bien que gozo ó rencorosa complacencia; y así no es de creer que le pasara siquiera por la mente asomarse á la ventanilla del Arca para insultar y hacer burla de los infelices moribundos.

de la seguridad del Arca,

transición.

Los burladores burlados,

por ficción oratoria y apóstrofe sublime,

por condeuplicación

y sarcasmos sangrientos,

por antitesis de la desventura de ellos

Mas permitidme que haga yo sus partes y tome su defensa, y que, mirando el espantoso naufragio desde elevadísima cumbre, le apostrofe de esta suerte:— ¿Dónde estáis, orgullosos pecadores, que os burlabais á vuestro sabor de la inocencia y simplicidad del siervo de Dios? Alzad, alzad un poco esas frentes contrastadas con los golpes de agua que están á punto de sumiros en lo hondo, alzadlas y mirad esta majestuosa mole que se pasea sobre vuestras cabezas. Es el Arca de Noé que navega victoriosa, sin temer naufragios ni recelar la muerte. ¿Dónde están, decidme, vuestros soberbios edificios? ¿Dónde vuestros palacios y torres almenadas? ¡Que esté más seguro Noé en su frágil leño que vosotros en vuestros castillos é inexpugnables fortalezas! ¿Os acordáis? Haciais burla de él, porque con noble pecho y levantado corazón despreciaba vuestras pompas, aborrecía vuestro fausto, ni tomaba parte en vuestros sucios entretenimientos; y motejabais como delirio y desesperación de hombre melancólico encerrarse en vida dentro de una cárcel estrecha y movediza. Ahora es tiempo de reiros, ahora es tiempo de burlaros, con la muerte al ojo y el cuchillo de Dios á la garganta. ¡Oh, necios burladores del varón justo! Flotando van vuestros miembros por la superficie de las aguas, antes podríds que muertos, hechos juguete de encontradas olas que os arrojan arrebataadamente acá y acullá, sin esperanza siquiera de depositar los huesos fatigados en alguna desierta playa, ¡triste consuelo jamás negado al náufrago más miserable! Sólo Noé no se congoja

en tan deshecha borrasca ni teme que le falte puerto, pues lo lleva consigo mismo. Consigo lleva la seguridad y el descanso; y cuando á vosotros os es fuerza sumiros como el plomo en el profundo del mar, á él le lleva por encima de las aguas la mano del Señor.

Mas ¿qué hago? ¿Adónde me dejé transportar en alas de risueña complacencia? Justos son, pero desaprovechados, mis clamores, pues ya los desventurados ni tienen oídos para oír ni espacio para dolerse. No salgamos de este templo y discurremos en confianza entre nosotros. ¿No os parece horrible la catástrofe del diluvio universal, y la suerte de Noé más envidiable que la de los malvados burladores? Tal será, pues, vuestra dicha si perseveráis firmes entre las befas y escarnios de los impíos. Riense ahora de vosotros, porque rehusáis hacerles compañía en sus bullas y diversiones; no cesan de morderos y atropellos porque, como si vieseis la muerte ya vecina, en lugar de espaciarnos al aire libre determináis de propia voluntad iros al recogimiento del claustro y castigaros con las asperezas de la vida religiosa; y si á tanto no llega vuestro fervor, preferís pasar los días de fiesta encerrados en casa ó en alguna iglesia ú oratorio, á pasear por plazas y jardines tras el desvanecimiento del mundo ó el desenfrenamiento de la carne. Mas ¡ay, y cuán breve es su risa! ¡cuán pasajeras sus burlas! Cuando estalle aquella tempestad y diluvio postrero, no de agua, sino de fuego, ¿adónde se refugiarán los infelices? Querrán entonces lograr un rinconcito de vuestra arca, llamada divinamente en la Sabiduría *contemptibile lignum*¹, leño despreciable; mas en vano. Trocadas estarán las suertes, mudada la fortuna. Y vosotros, mirando cómo se hunden en las profundidades del abismo, estaréis á rostro firme y con admirable constancia contra los malos que os atribularon y oprimieron: *Stabunt in magna constantia adversus eos, qui se angustiauerunt*²; y aun desde el cielo podréis justament reiros de sus risas y burlaros de sus burlas y denuestos. ¿No os alienta esta consideración á despreciar la vocería de esos perros, los cuales ladrar pueden, mas no morder

y la confianza de Noé.

Parte 3.ª ó aplicación de las anteriores. Transición por corrección.

Aplicación de la 1.ª parte ó fuga de los malos contra los buenos.

por enumeración.

Aplicación de la 2.ª parte ó burlas de los buenos contra los malos, el día del Juicio.

Consecuencia final y

¹ Sap., x, 4.—² Sap., v, 1.

tránsito por semejanzas á la peroración.

Arg. 2.º 6 Pro-
nunciación por afectos de exaltación santa y noble desvergüenza;

ponderando quién son los que alaban.

quién son los que escarnezcan.

(poco de alabanza al hombre y modestad de Dios.)

los bienes que impiden estos respetos.

ros ni dañaros? Ea, pues, hermanos míos, dejad que ladren cuanto quieran, dejad que os ridiculicen, dejad que os calumnien á su gusto, que ya nos veremos en aquel solemne día y quedará confundida su jactancia y enfrenado su loco atrevimiento.

VI

¡Oh día grande! ¡oh día de luz y de claridad! ¿Cuándo vendrás á descubrir al mundo las verdades que he significado á mis oyentes? Gozaos, hermanos míos, no desmayéis; la vida es breve. Si es menester por corto plazo sufrir los tiros de la maledicencia y las mordeduras de esos reptiles asquerosos, ¿qué importa? Así será mayor vuestra gloria y ensalzamiento. Os alabarán los ángeles, os glorificarán los arcángeles, y todos los espíritus del cielo os cantarán cánticos de triunfo. ¿Por qué hacemos cuenta de lo que ahora nos dicen para mortificarnos unos hombrecillos viles y de barro? Oid lo que el Señor os intima por Isaías: No temáis los denuestos de los hombres, y de sus vituperios y blasfemias no hagáis caso. Porque se los comerá el gusano como roe la vestidura, y como un pedazo de lana los consumirá la polilla. Pero mi salud durará para siempre ¹.

¡Dichosos de vosotros si jamás olvidáis esta sentencia del Espíritu Santo! ¿Qué es el hombre, aun el más encumbrado y desvanecido? ¿Qué es, sino un poco de tierra, un puñado de ceniza? Y, sin embargo de ser así, hácese más caso y reverencia que al mismo Dios! ¡Oh vergüenza! ¡oh desdoro! ¡oh confusión!

Veréis que hay muchos entre vosotros mismos, que se sienten movidos á la virtud, á la frecuencia de sacramentos, á macerar su carne con ayunos y asperezas, á leer libros piadosos, á componer á los desavenidos, á visitar cárceles y hospitales, á promover obras de celo y común utilidad, y con todo no llegarán á ejecutarlo; ¿sabéis por qué?

¹ Nolite timere opprobrium, et blasphemias eorum ne metuatís. Sicut enim vestimentum, sic comedet eos vermis; et sicut lanam, sic devorabit eos tíncá. (Is., LI, 7-8.)

Por temor de una lengua maliciosa que de ahí á poco ha de pudrirse. ¡Oh, cuántos habrá que por el mismo vanísimo respeto llegarán á cometer desórdenes que jamás les vinieron al pensamiento! Acércese un amigo:—¿A qué tanto sermón?—os dice. —Vamos á jugar, vamos al teatro, vamos al pasatiempo. Ea, no me deis un disgusto.— Y, en realidad de verdad, por no dársele al miserable hombre, se lo dais á Dios. Os convida á la tertulia, y al instante respondéis: vamos á ella. Os convida á bailes y saraos, os convida á banquetes y profanas reuniones, os convida tal vez á otros sitios más sospechosos y no nada limpios, y ni aun entonces tenéis corazón para negaros y decir que no. Teméis una chanza, una burla picante, una sonrisa maliciosa, y os dejáis arrastrar del maldito compañero hasta la boca misma del infierno, sólo por el empacho de responderle á secas: No quiero, vete solo. ¡Oh cristiano! ¿Y no es locura y rematada torpeza hacer tanta estima de un hombre como vosotros?

Cuenta allá el historiador Plutarco ¹ de algunos personajes que, como fuesen convidados á comer en cierta casa donde recelaban una traición, fueron, no obstante, por no parecer descomedidos. Y así dice que murieron Dion á manos de Calipo, y Antípatro á manos de Demetrio. Mas vosotros, ¿no sois aún más locos y desatinados? Convidaos el mal amigo á la mala ocasión, donde os espera el demonio para dar con vuestra alma en el precipicio del pecado, y no obstante seguís como corderos, de miedo que no os moteje de desatentos ó mal educados. ¿Por qué no lo rechazáis con valentía? ¿Por qué no le dais con la puerta en los ojos, imitando á los que os dejaron nobles ejemplos de libertad y santa independencia?

Xenófanes, con ser gentil, oyéndose apostrofar de un manco rico, que le llamó ruin y para poco, por rehusar acompañarle á una partida de naipes, respondió franca y desembozadamente que, en realidad, él era muy ruin y apocado para cosas tan bajas y apocadas ². Y á vosotros, cristianos, aplicación.

¹ De vitioso pudore.

² Fassus est, ad res inhonestas timidissimum esse. (Plut. íbid.)

los ma-
es que
acarra-
can;

por dialo-
gismo

y enumeración

Coastmase por ejemplo

afectos de rubor y de vergüenza;

ejemplo y

aplicación.

¿fáltaos pecho para protestar con semejante entereza en cosas más bajas, más ruines, más abominables?

Excitación vehemente al ejercicio de cristiana valentía.

Abrió ya y declaraos para siempre. Decid con el Profeta: *Vota mea Domino reddam coram omni populo ejus*¹. Ofreceré mis votos al Señor en presencia de todo el pueblo. ¿A qué tanto encubrirse? ¿A qué tanto recatarse? ¿A qué tanta disimulación y timidez? *In medio Ecclesiae laudabo te*². Ensalzaré tu nombre en medio de tu pueblo. *In medio multorum laudabo eum*³. Alabaré al Señor en medio de la muchedumbre. Sí, en medio de la muchedumbre y á los ojos de las gentes habéis de observar la ley de Dios, como hacía el Profeta Rey. ¡Bienaventurados de vosotros si hoy tornáis á vuestras casas con este santo descaro en la frente, con esta gloriosa desvergüenza, bello timbre del verdadero cristiano! ¡Cuántas señoras arrancarían de sí esos atavíos que, como tan discretas, saben muy bien de cuánto peligro sean para sus almas, ya por la vanidad que engendran, ya por el escándalo que ocasionan, y que no se atreven á quitar del todo por no parecer menos, que es decir de miedo y cobardía! ¡Cuántos caballeros serían más recogidos y compuestos si hollaran varonilmente el espantajo del temor mundano!

del apóstol San Pablo,

Ésta es la desvergüenza de que se gloriaba el Apóstol cuando decía: No me corro de profesar el Evangelio: *Non erubescio Evangelium*⁴, y ésta deseo en todos vosotros. No os avergoncéis, no, de hincar ambas rodillas en el acatamiento de la divina Majestad, que le agrada mucho á Dios este derribarse profundamente la criatura, como se nota en las Escrituras, y es alabado de ello Salomón: clavó en tierra ambas rodillas: *Utrumque genu in terram fixerat*⁵. No os avergoncéis de asistir con recogimiento y devoción á los oficios divinos y de callar cuando otros por ventura hablan, de orar cuando otros acaso rien. Decid con frente levantada: *Deus meus, in te confido, non erubescam*⁶. Dios mío, en Vos confío; jamás me avergonzaré de ser y parecer vues-

de Salomón.

¹ Ps. cxv, 14. — ² Ps. xxi, 23.

³ Ps. cviii, 30. — ⁴ Rom., 1, 16.

⁵ 3 Reg., viii, 54. — ⁶ Ps. xxiv, 2.

tro. Y ¿de qué tengo de avergonzarme, Criador y Padre mío amorosísimo? En Vos pongo mi honra. Búrlese los demás, desprecíenme, escarnézcanme norabuena; bástame, Señor, que os agrade á Vos. Ellos me maldecirán, y Vos me bendeciréis: *Maledicent illi, et tu benedices*¹. ¡Oh dulce consuelo! ¡Oh sabrosas palabras de David! Maldeciránme ellos y dirán que soy hombre para poco, y Vos me bendeciréis. Dirán que no tengo crianza ni modales, y Vos me bendeciréis. Dirán que soy un ridículo, y Vos me bendeciréis. Diránme hipócrita, mojigato y farsante de religión, y Vos me bendeciréis. Ellos, en suma, me maldecirán, y Vos en tanto me bendeciréis: *Maledicent illi, et tu benedices*. Así, y con tales razones, debéis esforzaros, ¡oh católicos!, á hollar el mundo, á escupir sus perversos pareceres, á perseverar constantes en la práctica de la virtud, teniendo por norma la sentencia del humilde San Francisco: Poco importa que me alabe el mundo, si Dios me desalaba. Poco importa que los hombres me desalaben y vilipendien, si me estima y alaba Dios.

Desprección de confianza,

por conmoración

y conversión belísimas.

Epítolo y conculación por

sentencia.

SEGUNDA PARTE

VII

Hasta aquí hemos esforzado á los buenos á despreciar las malas lenguas, con aquel ardimiento y valentía con que despreció la Cananea las habilllas de la gente y se presentó á Cristo nuestro Redentor en el camino público. Mas ahora no puedo contener mi justa indignación contra los malos cristianos, enemigos y escarnecedores de la virtud que no practican; no puedo encerrar tanto el celo que me inflama, que no alce mi voz y les represente hoy la enormidad de su pecado y el extremado riesgo á que se ponen al combatir de propósito la bondad de sus hermanos. Y ¿quién creyera, oyentes míos, que el mayor impedimento para ser bueno un cristiano está en los cristianos mismos? Y si en el corazón

África de terror espanto.

Exortatio de celo.

Proposición táctica: cometéis un gravísimo pecado, y os ponéis en riesgo de condenación.

¹ Ps. cviii, 28.

del cristianismo no es lícito ser virtuoso á cara descubierta, menester será que huyan todas las virtudes de la compañía de los hombres. Lo cual, conociendo bien el tantas veces alabado Salviano, reprende con lágrimas la temeridad de los malos con estas amarguísimas razones: Si al punto que uno se resuelve á ser mejor es pisado y escupido de los malos, todos, en cierta manera, se verán forzados á ser malos por no ser deshonrados y envilecidos. *Si statim, ut quis melior esse tentaverit, deteriorum abjectione calcatur, omnes quodammodo mali esse cogentur, ne viles habeantur.* Esto quisierais, infelices, arrastrarlos á todos al pecado para esconder vuestra maldad entre la muchedumbre de los pecadores, y decir como aquel perverso en el libro del Eclesiástico: *In populo magno non agnoscar* ¹. Confundido entre muchos, no habrá quién me conozca ó señale con el dedo.

Pues bien, lógrese vuestro deseo, cúmplase vuestra maldita voluntad. Pero escuchadme, y responded á mis preguntas. Vosotros perseguís al justo, al bueno, al fervoroso, ya con motes y apodos, ya con befas y calumnias, para desviarle del camino comenzado, ¿no es ello cierto? Pues sea así; deje aquella mujer su recogimiento por daros gusto, deje el otro joven sus devotos ejercicios, y vayan en vuestra compañía á gozar de los pasatiempos del mundo; jueguen, ríen, dancen, huélguense á su sabor; y al sonido de las blandas cítaras, y al eco de las placenteras lisonjas, no haya prado que no paseen, ni flor que no cojan, ni deleite que no busquen y gocen hasta no poder más; ¿qué habéis sacado, miserables? Vosotros imagináis que gran ganancia; yo digo que, tal vez, pérdida é incomparable ruina. Porque, suponed un momento que aquel infeliz, desviado por vuestras sugerencias de la senda de la salud, y puesto en el precipicio de la perdición, no pare de resbaladero en resbaladero hasta condenarse por culpa vuestra.

y entonces ¡ay de vosotros!

Introducción de razón y os declare un profundo sentimiento que, como es-

2) porque no queda por vosotros que desaparezca del mundo la virtud;

por testimonio humano

y divino.

3) porque esos de quien os habláis, se condenarán;

por concesión enumeración.

pina, me taladra y no me deja sosegar. Hermanos, tiemblo de pies á cabeza y me horrorizo al pensar cómo puede uno dormir tranquilo si sabe ó conjetura que por causa de él ha caído un alma en los infiernos. Un alma sólo que haya echado en el profundo, ¡qué congoja tan mortal, qué sobresalto ha de causarle! ¡Oh qué voces de dolor lanzará la desventurada, qué alaridos, qué llanto, qué rugidos de desesperación, sumida en aquellos lagos infernales! ¿Cesará nunca de gritar *venganza* contra el maldito que fué instrumento principal de su perdición? Nunca jamás, antes bien atronará los infiernos y rugirá la condenada ante el trono de su Majestad, pidiendo la sangre, pidiendo la muerte, pidiendo la condenación de quien fué causa de su eterna condenación.

Declara el Espíritu Santo que aun de las tumbas venganzas claman continuamente *venganza* las cenizas de los Santos contra los matadores de sus cuerpos. ¡Cuántas veces oímos aquellas tremendas imprecaciones! Éntre, Señor, en vuestro acatamiento el gemido de los pobres encadenados. Vengad la sangre de vuestros santos que ha sido derramada: *Intrae in conspectu tuo gemitus competitorum: vindica sanguinem Sanctiorum tuorum, qui effusus est* ¹. Y eso que su muerte, aunque penosa, fué el principio de su eterna bienaventuranza, y, quitada la ofensa divina, más debieron al cuchillo del verdugo que á los pechos que los amamantaron. De donde dijo bien San Agustín: que nunca los enemigos de Cristo pudieron aprovechar tanto á nuestros mártires obsequiándolos, como aprovecharon aborreciéndolos de muerte ².

¿Qué harán, pues, los malaventurados que hubiesen recibido de nosotros, no ya la muerte temporal del cuerpo, sino la eterna del alma? ¿Pasaráse momento en que no griten desde las mazmorras del abismo: ¡*Venganza*, Señor,

horror y entrañable lástima)

porque en los infiernos clamarán venganza.

Por argumento á fortiori.

Los santos piden venganza contra los verdugos de sus cuerpos.

cuanto más los condenados contra los verdugos de sus almas

¹ Introito de la Misa de Mártires. El salmo dice así: *Innotescat in nationibus coram oculis nostris ultio sanguinis servorum tuorum, qui effusus est: introeat in conspectu tuo gemitus competitorum.* (Ps. LXXVIII, 10-11).

² *Profanus hostis numquam tantum prodesse potuisset obsequio, quantum profuit odio.* (Serm. 10 de Sarcis).

venganza! Sí, *venganza*, clamará rabiosamente aquel infortunado joven; *venganza*, Señor, contra mi enemigo eterno; pues teniendo yo costumbre de confesar y comulgar cada ocho días, él con sus befas y chacota me apartó de tan santo ejercicio y me fué ocasión de morir en pecado. *Venganza*, clamará aquella desgraciada mujer; *venganza*, Señor, *venganza* contra ese maldito que me arrancó de mis devociones y recogimiento con sus donaires, y así me entregué, como tantas, á la vanidad del mundo y me condené. *Venganza*, *venganza*, aquel otro infeliz mancebo; *venganza*, Señor, porque, llamándome Vos sin duda al sacerdocio ó á la religión, aquél me desvió del camino del cielo y me precipité en los despeñaderos del pecado.

Y si ellos así gritan y provocan la ira de Dios contra nosotros, ¿qué haremos para acallar sus gritos? ¿Cómo taparemos sus bocas, hambrientas de venganza? ¿Por ventura con ruegos, ó con dádivas y halagos? No, responde el Espíritu Santo: *Zelus et furor viri non parcat in die vindictae, nec suscipiet pro redemptione dona plurima* ¹. El celo y furor del varón irritado no perdonará en el día de la venganza, ni recibirá por su rescate don alguno. No sólo no quieren, mas ni pueden los infelices recibir solaz alguno; su único afecto es el odio; su placer único, el placer de la venganza. ¿Cómo, pues, se calmará su sed y hartará su justa indignación hasta ver en los tormentos al causador de su ruina? Y Dios, cansado, por decirlo así, con tales voces y tan horrenda gritería, ¿cómo podrá recibir nuestras almas en el cielo, mientras la otra desdichada se despedace por culpa nuestra en los infiernos? ¿No se verá forzada la divina Justicia á darnos llamas por llamas, tormento por tormento, condenación por condenación? Quien se alegra en la perdición del prójimo, no quedará sin castigo, nos intima la Verdad eterna: *Qui ruina laetatur alterius, non erit impunitus* ². ¿Qué será, pues, de quien fué tropiezo y ocasión de ella? ¡Ay de mí!, que se me hiela la sangre de horror sólo al pensarlo, ni alcanzo á comprender cómo el que se fija en este pensamiento puede pasar un día alegre ni una noche sosegada, y que

(por horrenda procepsuya y enumeración)

Y no podréis acallar sus gritos.

Y Dios se verá forzado á escucharnos.

Afectos de terror y espanto

no le parezca ver entre sueños aquella alma condenada, que en talle de espantosa furia, ceñida de llamas, cercada de humo, lanzando veneno de sus sangrientos ojos, le azota los costados con enroscadas víboras. ¿Y nos pondremos nosotros á tanto riesgo?

Ruégoos, pues, amadísimos hermanos, ruégoos ardentemente por el Corazón suavísimo de Jesús, que una vez al menos deis oídos á este vuestro afectísimo, aunque desaprovechado siervo, codicioso únicamente de vuestra eterna felicidad. Suplicoos, pues, que al recogeros esta noche y al examinar vuestra conciencia, como supongo tenéis de costumbre, penséis un rato, reconociendo los escondrijos de vuestro corazón, y os preguntéis, como si estuvierais en el tribunal divino: ¿He escandalizado á alguno? ¿Aborrezco por su bondad? ¿Dánme en rostro las loables prácticas del prójimo? ¿He desviado á alguna persona del camino del cielo, ó ridiculizado su cristiano modo de proceder? Si la conciencia os responde que no, dad gracias al Señor; mas si os responde que sí, temblad y horrorizaos, no sea que os deparéis para el infierno un enemigo, que grite ante su divina Majestad *venganza* y *muerle* contra vosotros, y repita sin cesar *muerle* y *venganza* hasta conseguir su petición.

acrecentados por visión fatídica.

Dulce DEPRECAción

y práctica muy eficaz;

conclusión á terminar.



¹ Prov., 11, 34-35.—² Prov., XVII, 5.

OBSERVACIONES CRÍTICAS

ACERCA DEL DISCURSO OCTAVO

Dos **pasiones** ó afectos encontrados quiere excitar el orador en los oyentes: el uno de **aliento**, el otro de **temor**; el uno de fortaleza varonil, el otro de miedo y espanto; de lo cual nace un contraste magnífico de hermosura singular y de poder irresistible. Porque estos dos afectos, que se mueven en la primera y en la segunda parte respectivamente, no se embarazan ni van desunidos ó aislados, sino que se encaminan ambos á un mismo fin de hollar y desprestigiar el maldito *qué dirán*, ruina y asolamiento de las almas. Cuando alienta á las *victimias* del respeto humano, ¡cómo tiemblan los *verdugos* y los mofadores de los buenos!; y cuando aterra á los *verdugos*, ¡cómo se esfuerzan las pobres *victimias* viendo á sus enemigos confundidos y humillados! Así allana el orador el camino á la virtud, así triunfa del mayor obstáculo que encuentra el Evangelio en el pueblo fiel, que es la timidez y cobardía de los buenos, merced á la cual crece la arrogancia de los malos, y nos oprimen, y nos amedrentan, y nos tienen sin voz y casi temblando, y esto no amenazándonos con ecéleos y tenazas, sino con palabritas que se lleva el viento.

Primera parte. El afecto principal que infunde es un **aliento varonil** y **santa desvergüenza**. ¿Cómo dispone los ánimos y los arrastra á la pública profesión del Evangelio, y á menospreciar los dichos y pareceres de los hombres? Moviendo por su orden estos afectos secundarios:

a) **Desesperación**, la cual ha engendrado muchas veces acciones muy heroicas. Hernán Cortés, quemando las naves, alienta á los suyos á la conquista de la Nueva España. Es inevitable que los malos se burlen de vosotros. Luego, adelante, y pecho por tierra seguid á Jesucristo.

b) **Emulación**. No hay como el ejemplo para esforzar á los flacos. «¿Qué ánimo, pues, no debe darnos ese escuadrón fortísimo de compañeros que va delante esforzándonos al vencimiento del mundo?»

c) **Propio interés**. ¿Queréis un bien sobre todo bien?

¿Queréis tener de vuestra parte al mismo Dios? Pues aguantad, por amor suyo, esos baldones é injurias.

d) **Honra verdadera**. El temor de la afrenta es lo que espanta á los de apocado corazón y á las victimas del respeto humano. Por esto les pone ante los ojos la gloria no perecedera de quien padece por Jesucristo, y les inculca aquella sentencia del Salvador: Bienaventurados sois cuando os maldijeren los hombres.

e) **Esperanza**. Pronto tendrán fin esas mofas y escarnios, y los burladores se trocarán en burlados, porque cercano está el día del Señor.

Y de estos afectos, sabiamente combinados, nace el de **aliento y fortaleza** para servir á Dios á rostro descubierto, diga el mundo lo que dijere.

Adviértase la maestría con que va colocando los argumentos. Juntáncese, y se dan aquí la mano, la disposición lógica ó natural con el orden y disposición oratoria, que muchas veces suelen encontrarse en el discurso. Llamamos **orden lógico** cuando seguimos la **naturaleza** de las cosas. **Oratorio ó artificioso**, cuando se disponen las pruebas según el **efecto** que ha de producir en los oyentes, consideradas las circunstancias de personas, lugar, tiempo, estado de la causa, conmoción de los ánimos, ingenio y edad del orador.

Lógica es aquí la disposición, porque los **primeros** argumentos se refieren al tiempo pasado, donde siempre fué burlada la virtud; los **segundos** al presente, en que se granjean tantos bienes de ser vituperados por Cristo; y los **últimos** al tiempo porvenir, cuando se dará á cada uno el grado de honra ó deshonra que por sus acciones hubiere en este mundo merecido. También sería lógica si declarase en primer lugar la **naturaleza** del respeto humano, que es una sombra, un espantajo y nada más; en segundo, sus **propiedades** en materias diferentes; y en tercero, los **efectos** desastrosos que causa en esta vida y en la otra.

Es asimismo **oratoria** y muy artificiosa, porque, comenzando por argumentos poderosísimos, intercala los menos fuertes y remata con el más valiente y vigoroso. Digo poderosísimos ó menos fuertes, no considerados en sí, mas atendida la flaqueza y mala disposición de los que escuchan, á los cuales se les hace muy duro creer que son dichosos y bienaventurados cuando son maltratados y escarnecidos; y, por el contrario, entienden muy bien este lenguaje: «Cuando estalle aquella tempestad y diluvio postero (del Juicio)..., ¿a dónde se refugiarán los infelices? Querrán entonces un rinconcito de vuestra arca... pero en vano. Trocadas estarán las suertes, mudada la fortuna. Y vos-

otros, mirando cómo se hunden en las profundidades del abismo, estaréis á rostro firme y con admirable constancia contra los malos que os atribularon y oprimieron... y aun desde el cielo podréis reiros de sus pasadas risas y burlas de sus burlas y denuestos... Dejad que ladren...» Este orden agradaba mucho á Cicerón cuando decía: *De firmis-simis, alia prima ponet, alia postrema, inculcabitque leviora* (Or. xv, aliis viii.)

Segunda parte. El afecto principal es aquí el de **terror** y **espanto**, el cual no se excita con otro artificio que el de presentar á un alma condenada por causa de los mofadores que la apartaron del camino recto, la cual desde allí está pidiendo venganza contra el causador de su ruina. ¡Ley de expiación terribilísima, que exige «llamas por llamas, tormento por tormento, condenación por condenación!» Donde son de notar dos cosas. **La primera**, que no asegura que se condenarán los tales burladores de los buenos, sino que deja el pleito indeciso, con un *¿No se verá forzada la divina justicia...?* porque habría exageración, pues en realidad, mientras hay vida, hay esperanza. **La segunda**, que si bien espanta y atemoriza con la una mano, convida con la otra blandamente y ofrece á todos, por malos y perversos que sean, la gracia del perdón. Porque el **fin último** del orador no es espantar, sino salvar; no sobrecoger los ánimos ó desmayarlos, sino enclavar los corazones con el temor de Dios y tapar la boca de los maldicientes con la piedra del pozo infernal.



DISCURSO NONO

EL PURGATORIO

Domine, hominem non habeo.
Señor, no tengo un hombre que meche
en la piscina.

(JOAN., v. 7.)

EXORDIO

I

Ab insinuatione y de las mismas entranas de la materia del sermón.

UNO de los hombres más desgraciados de que hay mención en las historias es, á mi parecer, el paralítico Desticha del paralitico. del cual se habla en el Evangelio de este día. Oid si no su lamentable desventura y os persuadiréis de ello. Había treinta y ocho años que estaba el infeliz junto á la probática piscina clavado en su carretón, todo tullido y quebrantado de dolores; ni podía menos, por el mismo caso, de ser muy conocido de cuantos acudían al milagroso estanque, ya por remedio, ya llevados de la curiosidad. Con la prolijidad de la dolencia, tenía el color quebrado, hundidos los ojos, las carnes amortecidas, rotos y sucios los vestidos, y con esto y las voces lastimeras y los hondos quejidos y los ademanes y meneos dolorosos, debía mover á compasión las mismas piedras. Por otra parte, no siendo menester para remediar su necesidad más esfuerzo ni fatiga por la suma facilidad de remediarle, atendido el lugar. sino que uno cualquiera le zambullese en la piscina, cuando la menease el ángel del Señor, no tuvo un hombre en tantos años que hiciese con él esta misericordia. ¡Triste suerte! ¡incomparable miseria!